

---

# SEÑAL MEMORIA

---

Abril 30 de 1946

---

Presidente de la República

---

## Alberto Lleras Camargo

---

### *Invitación a la democracia.*

---

Alocución radial en la que como jefe de Estado invita a los colombianos para realizar las elecciones presidenciales sin fraude ni violencia.

#### Invitación a la democracia

La costumbre, aleccionada por los duros golpes de la experiencia ha establecido en Colombia que después de la campaña electoral, y antes de que ella termine, se haga una especie de pausa, destinada a que la última etapa, la decisiva y culminante de las votaciones, se cumpla dentro de una atmósfera menos caliginosa y propensa a los actos de irreflexión y violencia. Esa etapa ha comenzado ya. Las primeras restricciones entraron en vigor desde anoche. Las conferencias de todos los oradores han sido suspendidas. Está limitado el derecho de reunión en los sitios públicos, y no habrá ya manifestaciones hasta después de 24 horas de terminada la votación.

Yo deseo aprovechar esta tregua para llevar al ánimo de mis compatriotas todavía más razones de aquellas que pudieran brotar espontáneamente de su reflexión, sobre la importancia que tiene el acto del 5 de mayo para la nación entera, ya que parcialmente han escuchado y adherido a los juiciosos argumentos que se les han presentado sobre la conveniencia de que voten por uno u otro candidato, en los cuadros de los diversos partidos.

Creo así contribuir, no sólo cómo jefe del Estado, sino como simple colombiano, llevado, por mis propias convicciones sobre la misión actual del gobierno, a permanecer neutral en la lucha, a que el acto cívico del domingo próximo sea, efectivamente, cívico, propio de ciudadanos, adecuado a nuestra reputación internacional, ajustado a lo que le conviene a Colombia como nación, entre las demás naciones. Y también a lo que conviene a todas las personas que habitan su suelo, y que forzosamente, tendrán que seguir conviviendo después de esta batalla civil, buscando conjuntamente

mayor grandeza para la república, cada una en su sitio de trabajo, cada una en cumplimiento de su función social, pero todas subordinadas a las condiciones que se lleguen aerear como consecuencia del debate.

El gobierno tiene un interés, una meta, un deber superior en las elecciones del domingo: La conservación del orden. En la más vasta aplicación de ese término, que no es solamente que no haya choques en las calles, ni reyertas y muertos en las aldeas, ni escándalos colectivos. Sino que el supremo orden nacional, que está organizado y regido por una serie de disposiciones y leyes fundamentales, se imponga sobre toda otra consideración y salga consolidado de la prueba. En ese orden está excluido cualquier acto de violencia, y cualquiera otra forma de delito o contravención de las leyes. De tal manera que si hay fraude a la voluntad popular, no se ha conservado el orden. Y lo mismo si se ha atropellado la libertad del elector que si se le ha invalidado su derecho, por la picardía, se conspira contra el orden público.

Pero os pido que no penséis que el gobierno tiene ese interés solamente por él, como si dijéramos, por salir bien del paso, rindiendo unas cuentas satisfactorias, como gendarme acucioso. En este caso, tengo la convicción más profunda de que el interés del gobierno se confunde totalmente con el de los colombianos, y también, sin jactancia, de que es hoy el interés de la República más globalmente, más desinteresadamente interpretado que cualquiera otro que pudiera presentar un solo grupo o asociación partidista, para reclamar la atención de los electores. Yo he sido militante político, y no de los menos combatientes. Por eso sé que no es un cargo a nadie afirmar que hay un momento en las luchas de los partidos en que aún los más patriotas llegan a considerar que de tal manera tienen la razón

sobre los demás, que sinceramente prefieren todos los desastres a ceder un centímetro en su legítima ambición de predominio.

En una de las más firmes democracias del universo, recientemente, vimos cómo un jefe de gobierno, cuya máxima tarea ante la historia será sin duda el haber reunido a sus connacionales para la más heroica resistencia y haberlos mantenido sin una sola escisión, hasta la victoria, por encima de muchas derrotas parciales, se volvió súbitamente contra sus compañeros de trabajos y padecimientos, y pareció, en un instante, tener más interés en la nueva división de su patria, todavía en peligro, que en el prodigioso esfuerzo realizado para unirla. Esa extraordinaria figura no se amengua, sin embargo, por la acción que muchos, desde afuera, no podrían entender. Empero, el caso es comprensible por tratarse de una democracia de tal manera pura y casi perfecta, que nadie puede afectarla en su solidez, con ningún acto individual, por poderoso que sea quien lo ejecute. En ese país nada se derrumba, porque tiene cimientos seculares de cultura política.

Porque se pasa del poder a la oposición, ante el fallo de los electores, libérrimos para darlo, y sólo se cambia de sitio en el servicio público. Y porque nada es irreparable y definitivo en donde la opinión va controlando uno a uno todos los actos del gobierno, y va poniendo ella misma los límites que le parecen necesarios, aparte los intransferibles límites que tiene el derecho de cada ciudadano, y ante los cuales cualquier gobierno, por fuerte que sea, se detiene, respetuoso.

Nuestro caso es bien diferente, y por eso me atrevo a afirmar que el gobierno recoge en este momento, mejor que todos los programas, el interés del pueblo colombiano, cuando quiere que las elecciones sean ejemplares, no importa cuál sea su resultado. Algunos partidos os dicen: la victoria, primero, y desde luego, elecciones limpias y sin violencia, pero en segundo término. Otros os dicen: la victoria, a la cual hay que sacrificar todo, la vida, si es necesario, la tranquilidad, si es preciso.

El gobierno no os puede hablar ese lenguaje, porque como gobierno, no tiene candidato, no tiene partido tomado en la pugna, y porque sabe que toda victoria que no se realice dentro de la condición principal de ser pacífica y pura, no le servirá a Colombia para nada, ni a los que la piden, ni a los que la obtengan, ni a los vencedores, ni a los vencidos. Mi principal objeto al hablaros esta noche, es el de llevaros a compartir la convicción de que no es solamente un problema del gobierno el de guardar la paz, el de hacer respetar el sufragio, el de impedir el destrozo sangriento de vidas, el de atajar la delincuencia, sino un problema vuestro, de todos, mujeres y hombres de Colombia, por vosotros y por las generaciones que todavía no han nacido.

En este debate electoral, y en todos los anteriores, habéis oído con atención y entusiasmo cómo, con desvelado ánimo de satisfacer las ambiciones justas de la mayoría de los colombianos, quienes aspiran a gobernarlos exponen planes de trabajo y desarrollo de extraordinaria trascendencia. Todos ellos son atractivos, y no hay la más leve sombra de insinceridad en esos propósitos. La mayor parte de esos prospectos se realizarán, a haber circunstancias favorables, si el candidato que los expone logra el triunfo.

Pero permitidme que os diga esta noche, sin el menor escepticismo sobre las aspiraciones que se han agitado en la campaña electoral, que yo, después de haber vivido intensamente la lucha política colombiana y de haber alcanzado tan altos puestos, sin merecimientos bastantes, he llegado a una conclusión, que os presento cándidamente; el país necesita, ciertamente, carreteras, ferrocarriles, fomento económico, producción, trabajo bien remunerado y protegido, sanidad, alimentación mejor, todo eso, y mucho más. Pero su problema esencial, el que no da más tiempo, el cardinal entre los asuntos públicos, es otro.

Es, fundamentalmente, el de modificar y perfeccionar su vida política. Es mucho menos de leyes, que de resolución colectiva. Es mucho menos que de gobierno, de voluntad popular. Lo primero que necesitamos es ser una democracia auténtica, y lo demás, vendrá por añadidura. Mientras subsista entre nosotros esta tremenda intolerancia, esta falta de fe en los sistemas democráticos, esta cotidiana sustitución de las leyes por la fuerza, por el grito, por el disparo, por el choque, y esta absoluta inconformidad con las decisiones que resulten libremente de las votaciones, Colombia dará el espectáculo bárbaro de prepararse cada cuatro o cada dos años para una guerra civil, y de realizarla, en parte, dentro de una conmoción general del orden, que, por desgracia, no es sólo ruido de palabras, viento sectorio agitado sobre las muchedumbres, sino un saldo trágico de colombianos muertos y heridos, y la renovación de nuestros odios, con dramáticas consecuencias, en las ciudades y en los campos, donde la venganza se continúa cobrando, ojo por ojo y diente por diente, quién sabe hasta cuándo.

Mientras no resolvamos este problema, nada habremos resuelto. Y sólo tiene una solución: buenas elecciones. Todo el drama de nuestra democracia reside en que votar no es todavía una función apacible y sagrada del ciudadano, sino la reminiscencia de nuestro pasado de guerras civiles. Y por esa grieta que hemos dejado abierta, después de haber cubierto tantas otras para enterrar decisivamente nuestro pretérito inculto, se nos está acabando la paz, se nos están filtrando el desorden y el desconcierto, se nos está corrompiendo la patria.

Esa grieta no se puede tapar solamente con leyes, decretos, o policía y fuerzas armadas, sino con las manos de todos nuestros compatriotas, animadas por una inflexible voluntad de no permitir que la delincuencia se envuelva en las puras banderas de los partidos, y que, aplastada por largos periodos, bajo el rigor de los jueces y los códigos, resurja absuelta y disfrazada de virtud y de heroísmo, en estos días en que no se debería apelar el valor de las gentes, ni a su entereza ante el peligro, ni a su decisión de muerte, sino directamente a su conciencia, su buen juicio y su rectitud.

Nuestras elecciones han venido siendo manchadas secularmente por dos abominables instituciones antidemocráticas y antinacionales: la violencia y el fraude. Contra ninguna de las dos se ha combatido todavía con suficiente eficacia, aunque sí, justo es reconocerlo, con entereza y con energía en este último siglo. No sabría decir cuál es peor, y me aterra pensar que los colombianos estuviéramos colocados ante la alternativa de escoger entre los dos delitos. Algunos me han dicho: la violencia, a menos, tiene cierto riesgo para quien la ejecuta, y hay algo de varonil en correrlo. Ello no es, tampoco, cierto. En primer lugar, la violencia es desencadenada, se ordena, se estimula, fuera de todo riesgo, por control remoto.

La violencia más típica de nuestras luchas políticas es la que hace atrozmente víctimas humildes en las aldeas y en los campos, en las barriadas de las ciudades, como producto de choques que ilumina el alcohol con sus lívidas llamas de locura. Pero el combustible ha sido expedido desde los escritorios urbanos, trabajado con frialdad, elaborado con astucia para que produzca sus frutos de sangre. O se ha planeado toda la maniobra que conduce al encuentro, en apariencia fortuito, con una monstruosa sagacidad, buscando resultados inconfesables, y ocultando la mano que ha preparado el crimen.

De repente sobreviene el conflicto, y en la plaza del pueblo o en la venía rural queda tendido un colombiano humilde, destruida una familia, en la miseria un grupo de gentes que dependían de él para su sustento, y comienza a difundirse el pánico por los campos. A eso no puede llamársele morir por un partido, por una causa, por una idea. Porque estos sacrificios que la pasión insensata ofrece a los partidos y a las ideas son estériles, cuando no son vulgares crímenes en los cuales los elementos espirituales de la lucha política están totalmente proscritos. Porque, ¿cómo sirve una causa política, filosófica o moral en una democracia? Todo está previsto en ese sistema para que haya canales regulares y limpios por donde la opinión del más modesto ciudadano puede llegar hasta el gobierno, y aún constituirlo, sin que nadie deba morir por ello, ni sacrificar cosa alguna. Los sacrificios ya fueron hechos, para organizar la nación colombiana tal como está organizada.

Porque se pudiera votar libremente, se combatió desde 1810 hasta los primeros años de este centuria, y al fin hubo un acuerdo en las leyes sobre el procedimiento para votar y la manera de aplicar los resultados a las elecciones.

Lo que hay hoy, dondequiera que aparece la violencia, es una reacción delincuente contra el derecho ajeno, es una resistencia a aceptar lo que consiguieron los esfuerzos combinados de los dos partidos tradicionales, con sus guerras y con sus controversias parlamentarias. Nadie tiene por qué morir; no es necesario que nadie se sacrifique, si hay elecciones honestas. Si estamos dispuestos a aceptar lo que resuelva el conjunto de los votos de los ciudadanos, interponer la violencia no es heroico sino fraudulento, no es hermoso sino criminal, no es arrojó sino culminación de la mala fe.

¿Por qué se pide a las gentes sencillas de la nación que vayan a las votaciones resueltas a sacrificarse? Porque todavía se desconfía de las elecciones. Y, por lo tanto, está sin resolver aún el más grave problema colombiano, cuya única solución es un procedimiento electoral de tal manera invulnerable a la farsa y a la adulteración, que su fallo sea tan inapelable como las sentencias de los jueces en instancias definitivas.

Sobrevive de nuestras peores épocas de barbarie política, el fraude. El fraude es otra expresión de violencia, pero cobarde. El que no se atreve a desconocer el derecho de sufragio a plena luz, encuentra la manera de hurtar a un ciudadano su voto, como quien le roba la hacienda, pero comprometiendo el orden público general, con lo cual hace su delito más grave que el hurto.

Yo no he oído una sola palabra, en lo que llevo de existencia, para elogiar, justificar, explicar siquiera el fraude. Pero aún está allí, y está consentido, tolerado, aceptado por los mismos que se sentirían deshonrados de acudir a los auxilios de un cuatrero o un estafador en la dirección de un negocio privado, y que, sin embargo, aceptan, sin mucho escrúpulo, los oficios de un maleante del sufragio. Pero contra ese torpe mal, que nos avergüenza a todos, no se lucha sólo con el gobierno, sino con la concurrencia de todos los esfuerzos individuales, con la energía de los ciudadanos, altos o humildes, para desenmascarar y castigar a los culpables de esta delincuencia, y para rechazar el resultado de sus maniobras, haciendo nulo su propósito. Porque condenar al que hizo fraude y consagrar el buen éxito de su trabajo, es peor y más odiosa injusticia, cuando se dobla de hipocresía. Por eso debemos saludar, en esta campaña, con entusiasmo, la declaración de uno de los candidatos, dirigida a sus partidarios, de que prefiere la derrota a una victoria manchada. Y está bien que así sea. Porque una victoria manchada, en esta elección, por muchísimas razones, es equivalente

a una derrota, y no servirá de nada a quien le sea ofrecida en tan precarias condiciones. Desde luego, gobernar con ese título, sería imposible.

Pero ya he dicho que es ese el problema más importante y más general de la nación, y ahora debo referirme concretamente, no a sus soluciones lejanas, sino a los esfuerzos que debemos hacer, que estamos haciendo ahora mismo, y para estos días, en la lucha por perfeccionar nuestras costumbres y defendernos de los dos géneros de delincuencia que ensucian y corrompen la fuente del Poder Público en Colombia.

Ante todo, quiero llamaros la atención, colombianos que me escucháis, y en especial, autoridades de la república, al deber que tenemos en esta elección para con Colombia, antes y por encima del deber particular con cada partido, que cada uno de vosotros entiende a su manera. Examinemos primero si tenemos o no una obligación para con la reputación de la patria, y si vale o no la pena de cumplirla. Si os dijeran mañana que el honor y el nombre de la república han sido ultrajados por gentes hostiles, ¿no sentiríais hervir la sangre en las sienes, y no estaríais dispuestos, como lo estuvisteis siempre, a vengar cualquier ofensa? Si os dijeran que un pedazo del territorio ha sido invadido y sojuzgado, ¿no os alistaríais bajo banderas, inmediatamente y sin reflexión segunda, para reconquistarlo? Si sintierais un peligro para el patrimonio de Colombia, cualquiera que él fuese, ¿no os uniríais todos para conjurarlo? Claro que sí.

Y no estaría el gobierno solo, sino que lo asediaríais para ofrecerle cooperación, para solicitar un puesto de peligro, para ofrecerle lo que tenéis si de algo pudiera serle útil. Pues bien, Colombia no tiene un gran patrimonio territorial, ni financiero, ni es una potencia militar, ni su puesto en el mundo lo ha conquistado en las batallas, ni se distingue de las demás naciones por cosas excepcionales, salvo una. Salvo una, que es su fama de nación culta, democrática, civilizada, respetable y libre.

Si recorréis el mundo es posible que no encontréis muchas personas que sepan de nuestra geografía, ni de nuestros héroes, ni de nuestros esfuerzos mercantiles o industriales, ni de nuestros hechos de armas. Pero sí, con mucha más frecuencia de lo que puede suponerse, con quienes, habiendo estudiado los hechos americanos, y la composición y psicología de estos pueblos, profesan una sincera admiración a lo que aquí tenemos y de lo cual gozamos sin exacta conciencia de su valor. De hecho en el continente americano no hay pueblo en donde no se conozca y reconozca la reputación democrática de Colombia, y donde se ignore que desde Francisco de Paula Santander somos una república de Leyes.

Pero también, entre las personas cultas del mundo entero hay conciencia de ese hecho. Recientemente, en San Francisco, hablando por primera vez con el delegado y Ministro de Relaciones Exteriores de la China, el doctor Soong, me preguntó directa y vivamente a qué podía atribuirse el fenómeno de que siendo la composición étnica, religiosa, política y aun geográfica de Colombia semejante a la de muchos países del continente americano, entre nosotros no se hubieran presentado revoluciones en este siglo, y la democracia se asentara firmemente.

Os confieso que no sé todavía cómo respondí, tal confusión alegre me produjo el para mí sorprendente reconocimiento de una virtud colombiana hecha por un hombre de letras, sí, pero de tan remota parte del mundo con la cual apenas hay memoria de haber mantenido Colombia relaciones de algún género. Y así, en las conferencias internacionales, en las cuales la suerte nos ha deparado tan grande suceso en los últimos tiempos, en las universidades y en los centros de estudio, Colombia no es un productor de café, solamente, sino ante todo, un país libre y seguro.

En un solo día, en una orgía oclocrática de ocho horas podemos arrancarle, nosotros mismos, esa fama, y cubrirla de oprobio. Son doscientas palabras transmitidas por las agencias extranjeras de noticias las que llevarán hasta el más lejano rincón del mundo una información que desbaratará, para siempre, la obra de millones de colombianos vivos y muertos, la prodigiosa tarea de nuestros varones de pluma, de pensamiento, de acción, e inclusive de armas, porque todos ellos tuvieron como finalidad suprema, desde Bolívar hasta nuestro tiempo, la de perfeccionar la fisonomía democrática del país, para cerrar el paso a la dictadura, a la violencia de las turbas, a los escándalos que han envilecido a otras naciones, y las han preparado para el desdén del mundo ante sus dolores, o aun la pérdida de su autonomía.

Bastará que los corresponsales refieran que ha habido dos docenas de muertos, choques en todas partes, y fraude en numerosos sitios para que el mundo comience a desinteresarse por nuestra nación, de la cual sabían o creían saber que era de muy otras características. En medio del dolor, de la injuria, y de la vejación que yo sentiría en tal momento, os aseguro que tendría un minuto de vergüenza para recordar al antiguo canciller de la China, después su Primer Ministro. Y también a los millares de extranjeros que he encontrado y que se han referido siempre a mi patria con admiración y respeto, y con cuya colaboración he podido contar más de una vez para servir a Colombia, como les ha ocurrido a tantos otros compatriotas, sólo porque detrás de nosotros estaba esa historia sagrada de leyes, de libertades, de gobiernos legítimos, de orden y de buena fe.

En este tiempo en que el mundo se gobierna por una asamblea en la cual Colombia tiene un puesto, qué deshonor y qué afrenta que ese puesto sea manchado con el recuerdo de infamias llevadas a cabo, en medio de olas de pasión y ciegamente, por conciudadanos irresponsables. Porque ello equivale, además, en el terreno concreto de los hechos, a desarmar la república para la recta defensa de su soberanía y de sus intereses, y un crimen político, un fraude, un acto de violencia es un hecho semejante en las circunstancias actuales del mundo, al de traicionar a un ejército que va sobre el enemigo.

Yo tengo la convicción de que si Colombia no hubiera estado en guerra civil, destrozada su unidad, sin ningún valor moral ante el mundo a causa de sus disensiones, su barbarie política, sus golpes de estado, sus desórdenes, jamás hubiera sido mutilado su territorio, y ni aun el más audaz imperialismo se hubiera atrevido contra su integridad, como nadie se atrevió contra Suiza, colocada en el centro de las más terribles conmociones y rodeada de sucesivos gobiernos conquistadores y de imperios temerarios. Nuestra mejor defensa, y la mejor defensa de nuestros intereses no está en la diplomacia, ni en las fuerzas armadas, ni en la decisión suprema que tenemos los colombianos de morir por la república. Sino en nuestra dignidad de pueblo libre, no sólo de toda tutela exterior, sino libre dentro de sus fronteras. Y bien: eso puede sacrificarse el domingo próximo, o puede salvarse. Yo espero que no haya dilema, ni alternativa para ningún buen patriota.

Pero, además, tal como se presentan los acontecimientos electorales, se puede predecir que no habrá una victoria mayoritaria, cualquiera que sea el candidato victorioso. Ninguno de los tres creo yo que aspire a vencer por un número de votos que supere a los de sus dos adversarios reunidos. Y si va a haber un gobierno de minorías, apoyado por una minoría que tiene derecho al poder, sólo por ser superior a cada una de las dos minorías restantes, ese gobierno sólo será firme, sólo será fuerte, sólo podrá gobernar y dar estabilidad a Colombia, si la victoria es pura, y se reconoce su legitimidad irrecusablemente, apenas sea conocida.

Fraudes, violencias, atropellos, motines, ciudadanos a quienes se les arrebató su derecho a opinar en esta controversia para el porvenir colombiano, muertos vertiendo su sangre sobre la credencial del presidente, sólo destruirán la laboriosa historia de Colombia ante los ojos de los extraños, pero no crearán nada en el interior. Sino la inseguridad, la anarquía, la incertidumbre, el pánico, y la ruina de la prosperidad actual, que se verá abatida por una etapa de desasosiego y de protestas.

Si alguna vez la violencia y el fraude sirvieron abominablemente para algo, esta vez serían estériles, a más de abominables. Jamás estaría tan cerca y tan

claro el castigo de la delincuencia como en esta hora, cuando el torpe impulso que llevará a cualquier colombiano a servir tan inicua mente a su partido encontrará ante sí, no sólo el juez, no sólo el Código Penal, sino la injuria a la patria y la inutilidad total de su diabólica empresa.

Hace pocos días me he dirigido a los gobernadores y a los alcaldes de toda la república renovando una y otra vez mis instrucciones y los propósitos del gobierno en estas elecciones, pero quiero reiterarles ahora ante todos mis conciudadanos, para que quien tenga mi representación o la agencia directa o indirecta del gobierno vea bien claro que no he cedido un punto en la resolución inquebrantable que tomé cuando fui llamado a la presidencia, y sobre la cual estoy dispuesto a correr todas las contingencias, sin abandonarla. He sabido que hay gentes haciendo circular la especie de que el gobierno ha cambiado de opinión, y ha puesto a un lado sus convicciones, para participar, a última hora, de la lucha.

De seguro nadie responsable, nadie que se respete puede estar en esa aventura chismosa, pero aun así, por si hay ciudadanos cándidos que puedan ser objeto de un engaño, quiero repetir esta noche que el gobierno no tiene candidato, y que entiende que su única misión, la única que le corresponde, y la única que considera digna de sus funciones constitucionales, garantizando a la república que puede elegir mi sucesor como le venga en gana, sin la más leve intervención de parte del gobierno. Ya lo he dicho otras veces: sé bien que una democracia pura, auténtica y vieja, como Inglaterra, como los Estados Unidos, donde el sufragio esté garantizado contra toda presión, y la opinión pública tenga igual modo de defender su autonomía en las capitales y grandes centros urbanos que en las aldeas y los campos, no sólo es costumbre, sino costumbre lícita, que el gobierno de partido combata por la supervivencia de sus ideas, mano a mano con la oposición.

Pero también he llegado al convencimiento de que en Colombia ello no es posible, ni es lícito, porque la intervención del gobierno no se realiza en el plano de las ideas, solamente, sino que va descendiendo gradualmente por los sucesivos escalones de la jerarquía administrativa hasta trocarse en el palo de los resguardos y los policías municipales en los municipios pequeños, y en la más sorda, repugnante y odiosa violencia.

Nosotros no estamos gobernando a Inglaterra, sino a Colombia, y debemos hacerlo de acuerdo con su circunstancia. Yo pregunto: ¿qué hubiera ocurrido si el gobierno actual se hubiera parcializado en la lucha? ¿A dónde habrían vuelto sus ojos los colombianos que estuvieran del otro lado? ¿A quién hubieran pedido garantías? ¿Quién hubiera podido otorgárselas, y aun, otorgadas, quién hubiera creído en la buena fe oficial?

Y, si cuando se da una oportunidad inequívoca a los ciudadanos para organizarse y luchar por sus candidatos dentro de un campo de igualdad y juego limpio hay ya tanta vehemencia, tanta exageración, tanto choque y tumulto, ¿cómo sería si hubiésemos arrojado las armas oficiales, los recursos del gobierno, los empleados públicos, la influencia oficial a la hoguera en que están ardiendo las pasiones más tempestuosas?

Y si, pasadas las votaciones, el candidato favorecido por la inclinación oficial hubiese salido triunfante, ¿habría podido gobernar? Esa profunda herida, esa irritación justa, esa sensación de haber sido frustrado un empeño legítimo por la desigualdad de la lucha, habría seguido envenenando el ambiente, y habría hecho, ahí sí, invivible la república. En cambio, yo aspiro a que cualquiera que sea el resultado de las urnas, el gobierno se conserve como una fuerza moral y política unánimemente reconocida, para que al día siguiente de las elecciones empiece su tarea de hacer respetar, y acoger tranquilamente el resultado del voto popular. No espero, desde luego, que no ocurra ahora, como siempre pasó, que lo que el sábado será una verdad nacional indiscutible, es decir, la imparcialidad y rectitud del gobierno, el lunes se trate de presentar por los vencidos como una farsa.

Pero eso no es lo que me interesa. A la vista de quien quiera examinarlos están todos los documentos de la ardorosa empresa de garantías que hemos realizado en el gobierno, principalmente en el despacho del ministro Fernández de Soto y en el mío, y allí han tenido ocasión de verlos, en cada caso, los jefes de todos los grupos. No hay un solo ciudadano en el territorio de la república que pueda decir que hemos fallado, un instante siquiera, en nuestra determinación, y, es justo reconocerlo, nadie nos ha pedido que lo hagamos.

Ministros del despacho de todos los matices políticos y pertenecientes a los dos partidos históricos, conocen bien a fondo la posición que tiene tomada el gobierno del cual forman parte, y son testigos excepcionales de la buena fe de todos sus colegas. Hemos llevado la práctica de la neutralidad hasta extremos bien conocidos, y no tenemos arrepentimiento, sino, al contrario, satisfacción de haber cumplido nuestra palabra. Sabíamos, y sabemos que estamos trabajando, modestamente, para la historia de Colombia, y no para llevar allí nuestros nombres humildes, sino para sentar precedentes que harán de la república una democracia a la altura de su reputación internacional.

Y para garantizar, para nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, que no será en el futuro un azar y un tormento el ejercicio del derecho del voto, sino una tranquila función esencial y propia del buen ciudadano, que se podrá realizar sin que vuelva a haber colombianos asesinados o atropellados por tomar a lo serio lo

que la Constitución les ofrece. Y para colaborar a que la vida política colombiana se civilice hasta el punto de que gobierno y oposición sean modos de servir que se alternen en la confianza pública, y no posiciones irreparables, fruto el uno de la conquista, y la otra de la desesperación.

He confiado al Ejército Nacional, a la marina y a la aviación misiones delicadas y trascendentales para la guarda del orden público en las votaciones del 5 de mayo. No tengo para qué repetir que depositó en las fuerzas armadas mi más completa confianza, porque la merecen, y han demostrado ser dignas del más alto aprecio por parte de los ciudadanos de todos los grupos y partidos. A centenares de municipios ya han llegado o van a llegar las fuerzas armadas antes del domingo, a tomar sobre sus hombros la responsabilidad de que se respeten las leyes y de que se garantice el ejercicio de la función del sufragio. En más de cien municipios hay alcaldes nombrados por los gobernadores, tomados de las filas del ejército, la marina y la aviación.

Los hay también tomados de las filas de la oficialidad de la Policía Nacional, hombres dignos, como los oficiales de las Fuerzas Armadas, del respeto, la consideración y la gratitud del país. En anteriores comicios cumplieron semejante cometido, aunque no en tan vasta escala, y lo cumplieron ejemplarmente. Directivas políticas, de todos los candidatos, se han dirigido al gobierno pidiendo su nombramiento. Este voto espontáneo de confianza que da a la oficialidad la opinión pública de los más diversos matices, me llena de orgullo, como sé que se llena de orgullo y de responsabilidad a las Fuerzas Armadas y a la Policía Nacional y a quienes directamente lo reciben.

Alejados, como están de la lucha política y privados hasta del ejercicio del sufragio, por disposición de la ley, para ellos no hay partidos ni divisiones entre los ciudadanos a quienes van a gobernar por breves días, sino derechos reconocidos en la Carta Fundamental y en las leyes a todo aquel que se presente con justo título a reclamarlos. Acostumbrados a la acción rápida, activos y eficaces, valerosos y serenos, en sus manos está bien puesto el cuidado del orden, y la ley resplandecerá en sus decisiones como brillan los atributos que señalan su condición de hombres de armas. Yo, anticipadamente, agradezco su colaboración y la aplaudo. No hay el recuerdo de que hayan fallado jamás en estas tareas, y en este momento histórico se superarán en el cumplimiento de su deber.

Hemos nombrado, también, delegados presidenciales en muchos municipios. Esta vez en mayor número del que emplearon mis antecesores en otras votaciones igualmente importantes, porque bien se justifica, cuando por primera vez, después de diez y seis años, se

presentan a las urnas los partidos tradicionales llevando candidato para la Primera Magistratura. He formulado un llamamiento ahincado a todos los delegados presidenciales para que me presten esa cooperación, y debo decir que, por desgracia, no he sido atendido totalmente. Un gran número de candidatos de los que he tomado de las listas de los gobernadores o de aquellas de los partidos o grupos, han renunciado a la misión que se les confiaba.

Pero como he procurado nombrar dos en cada municipio, se entiende que quien acepte el cargo lleva la totalidad de la representación presidencial, aunque el compañero del partido adversario haya dejado de concurrir. Para mí es una contrariedad y constituye una decepción no haber podido vencer las dificultades que alegan los renuentes a prestar; este servicio al país, y tanto más lamentable cuanto era mi propósito que concurren representantes de los dos partidos a los municipios que cubre esta medida. He procurado reemplazarlos, pero no sé si lograré hacerlo en todos los casos.

La misión principalísima de los delegados presidenciales, de los alcaldes militares, de los comandantes de las fuerzas armadas y de la policía, lo mismo que la de las autoridades regulares de cada municipio, es vigilar que las votaciones transcurran normalmente. En éstas van a tener que luchar, y deben hacerlo denodadamente, contra un factor de perturbación que parece amenazar el derecho de los ciudadanos: la coacción ejercida por grupos que pretendan impedir la votación, una vez que hayan votado ellos mismos. No debe haber ninguna consideración que nos haga vacilar ante estos agitadores, cualquiera que sea su filiación o su candidato.

Como medidas de precaución debe vigilarse estrictamente que no haya lugares donde se suministre alcohol, cuya venta, desde luego, estará prohibida con anticipación de días en algunos departamentos y en todo el país, seguramente desde el sábado. Pero también será preciso aislar a los ebrios y a todos los perturbadores. Quiero recordar que están absolutamente prohibidas las manifestaciones, cualquiera que sea su objeto, y corresponde, por lo tanto, a la autoridad policiva o militar disolver los grupos que pretendan formarse, y reducir a prisión a quienes intenten turbar la función del sufragio con escándalos, amenazas, gritos, o actos de fuerza.

Ni el domingo, durante la votación, ni después de ella, ni el lunes, están permitidas las manifestaciones de cualquiera índole, y la fuerza pública está en la obligación de hacer respetar esta prohibición, tomada en uso de nuestra facultad suprema de prevenir el desorden. Aunque en otras elecciones haya sido permitido el hacer propaganda electoral alrededor de las mesas de votación, en éstas nos veremos obligados a no tolerar ante las amenazas, que no podemos desconocer, de que sirva de pretexto a coacciones al electorado, el cual, por lo demás, ya está bien advertido de por quién

debe votar, y ha de recibir las boletas respectivas con anticipación bastante y en sitios apartados de las mesas donde funcionan los jurados.

Asimismo, es indispensable que las autoridades hagan, desde la víspera, y constantemente el domingo, requisas de armas, y ningún ciudadano podrá acercarse a las mesas de votación o a los sitios abiertos o cerrados donde ellas estén colocadas, con palos, piedras, cuchillos, o armas formales. Todos esos elementos deberán ser decomisados, y a quien se sorprenda con ellos, a pesar de la prohibición terminante, que debe hacerse conocer, en las cercanías de las mesas de votación, será castigado de acuerdo con la ley.

Se ha dicho que en ciertas capitales hay consignas de fuerza y coacción que pretenderán desarrollarse el domingo. Yo no lo creo, y estoy seguro de que antes de esa fecha conoceremos la opinión de los candidatos presidenciales, desautorizando estos presuntos actos de violencia que la ley pena severamente. Quiero recordar a todas las autoridades que el Código Penal señala como delito este género de coacción, en su artículo 286, cuando dice:

El que mediante el empleo de violencia física o moral, o de maniobras engañosas de cualquier género, impida a un elector ejercer su derecho de sufragio, o lo obligue a ejercerlo en favor de determinado candidato, partido o corriente política, incurrirá en arresto de dos meses a un año y en multa de cincuenta a mil pesos

De consiguiente, la autoridad no ha de tener ninguna reserva ni temor alguno de conducir a la cárcel a quienes estén incurriendo evidentemente en tan grave falta, y no cumpliría su deber, si la tolerará.

En las capitales el ejército nos prestará un auxilio extraordinario, y casi puede decirse que la mayor responsabilidad de orden estará a su cuidado, por cuanto la policía tendrá que cumplir funciones complejas, especialmente preventivas, y tendrá a su cargo, por lo general, la custodia de los jurados de votación. En Bogotá la Brigada de Institutos Militares, con todos los elementos necesarios, se encargará de hacer respetar el derecho del sufragio contra cualquier tentativa de violencia, y yo tengo la certidumbre de que no será preciso que ahora, después de años enteros en que la ciudad ha dado un ejemplo de orden, de respeto, de cultura y de limpieza electoral, nos veamos obligados a proceder con energía para impedir que la reputación de la primera ciudad de Colombia se vea manchada por actos indignos de coacción. No los toleraremos. No creo, por lo demás, que se presente. Pienso más bien que se han hecho correr esas especies para amedrentar a los ciudadanos pacíficos, a quienes invito, de la manera más calurosa, a que ejerzan su derecho, con la seguridad de que habremos de protegerlos debidamente.

Compatriotas:

Me asalta ahora el temor de que por dibujarse con hondisima sinceridad los sentimientos que yo abrigo contra las deficiencias y corrupciones de que todavía no hemos logrado librarnos, sin que hayamos hecho otra cosa en 136 años de vida independiente que intentarlo y andar un difícil camino de perfección, lleguéis a pensar que yo tengo desconfianza, recelo, injusta prevención contra alguien o contra algo en Colombia, o que tenga incertidumbre sobre el destino de la patria.

No. Que jamás se interprete así mi pensamiento.

Es precisamente porque nadie admira más que yo la bondad del pueblo nativo, su serenidad, su insuperable resistencia a las fuerzas del mal y a las adversidades, su inteligencia y su virtud, por lo que me produce una irritación invencible el que un grupo de gentes sin escrúpulos pudiera hacer brotar de esa cantera nobilísima materias impuras, al choque de la pasión o con las incitaciones a la pequeña e ignominiosa delincuencia.

Es precisamente porque veo tan claro, tan alto, tan brillante el porvenir de la república, si logramos superar cada una de estas etapas difíciles, y mientras más difíciles, mejores pruebas para nuestra energía, por lo que me conmuevo ante la posibilidad de que todo eso naufrague, no por los colombianos, sino contra ellos, en un arrebatado de insensatez. Yo he ensayado un gobierno que no ha necesitado para ser respetado, acogido, ayudado y respaldado por mis compatriotas sino cerrar la válvula a todo sentimiento y propósito que pueda hacer resucitar los odios ancestrales y los instintos primitivos, y sé bien, por lo tanto, que gobernar no es una empresa difícil, y que buscando la cooperación pública, utilizándola y estimulándola, el progreso se produce espontáneamente, en un país tan rico, tan fuerte, tan sólido en su economía, tan noble en su humanidad. Veo cómo en pocos años más Colombia tendrá todo lo que no ha tenido y ha ambicionado, y cómo se prepara la mejor etapa de su existencia, con sólo continuar los esfuerzos que millones de seres han venido realizando, silenciosamente, para mejorar el destino colectivo y engrandecer a su nación.

Nada nos falta, sólo paz, moderación, equilibrio, colaboración. El día en que las agitaciones políticas anormales sean sustituidas por una opinión activa que pueda hacerse valer, en cada caso, sin ningún esfuerzo, para constituir el gobierno; para inclinar la balanza hacia un partido o el otro, sin que ello implique una catástrofe y un desplazamiento de todas las fuerzas que trabajan, hacia el ominoso vacío y la incertidumbre; para dar su censura o para alentar las empresas que merezcan y necesiten el respaldo de las mayorías, y en que se llegue a estos momentos históricos de decisión, con la misma facilidad y libre movimiento con que expresamos, fuera de las urnas, todas nuestras opiniones,

Colombia se aproximará al ideal democrático que no es otro sino el de excluir, radicalmente, la violencia de las relaciones políticas de los hombres.

Pero, además, sé también que el país lo que quiere, cualquiera que sea el ritmo de la pasión en las plazas durante este debate, es tranquilidad, garantías, sosiego, calma, y, como consecuencia, prosperidad y libertad para buscarla. Yo no he ofrecido cosa distinta, y el país ha manifestado su conformidad a mi gobierno en una forma inequívoca, que no ha necesitado de una sola exhibición de masas clamantes para ser admitida por toda la colectividad. Ni he dado más que eso, y sin embargo, ha sido bastante para que este transitorio gobierno se haya señalado, sinceramente, por la inmensa mayoría de los oradores que han hablado en el curso del debate presidencial, como una aspiración para conformar el venidero.

¿Cómo, si ello es así, desatar la locura para obtener la sensatez, jalonar con actos de fuerza el procedimiento para que se prolongue la cordura? No. No será así, no puede ser así. Y quienes de pronto insurjan contra esa voluntad nacional de orden, de paz, de justicia, de garantías, no representan el pueblo colombiano, que ante el Gobierno, que no está pidiéndole nada, se muestra como una agrupación de trabajadores sin rencor, sin odio, sin amargura, sin ánimo de venganza, sin un solo síntoma de demencia.

Pero os quiero decir, también, compatriotas, que no oigáis ninguna voz que os llame, abierta o hipócritamente, a sacrificaros estérilmente o a envileceros con un fraude, A votar, sí. Pero votar no es, ni tiene por qué ser un acto heroico, y cuando se os invita al heroísmo, desconfiad de esas músicas belicosas que os están haciendo marchar hacia el conflicto, para cerrar a otros los canales del sufragio. A votar, sí. Que todo colombiano en capacidad de hacerlo se acerque a cumplir con una obligación indeclinable, porque aquel que la abandone o la desprecie no merece vivir en una sociedad que se ha organizado sobre la base insustituible de conocer, de tiempo en tiempo, qué opina el pueblo sobre sus propios destinos.

A quienes, no sé si por insidia o por simple ignorancia me han preguntado si la neutralidad en el debate implica que no habremos de consignar nuestros votos, les he dicho una y cien veces que juzgo que los empleados estamos en una mayor obligación que todos los demás colombianos de cumplir con el primer deber de la ciudadanía, y que mi voto no faltará, como no faltó jamás desde que tuve derecho de emitirlo, y estoy seguro que no faltará tampoco el de ninguno de mis colaboradores, agentes o empleados superiores o subalternos del gobierno. Sólo que nosotros hemos participado en la campaña, ni tenemos el derecho de andar pregonando nuestras decisiones, porque precisamente

queremos que haciendo caso omiso de ellas, el pueblo escoja con plena libertad al gobernante próximo.

A votar, sí. Pero a nada más tienen derecho a llamarnos, porque todo lo que se agregue a la pacífica, severa y seria función del voto personal, el domingo próximo, es una adulteración de la democracia. Ya se ha hecho lo que debía hacerse, se han presentado todos los argumentos, inclusive se ha ido más lejos de lo que la dignidad humana aconseja y de lo que la democracia encuentra aceptable, y la campaña ha tenido instantes personalistas y agresivos que desvirtúan su objeto y que, por fortuna, son, o deben ser, inútiles, para un pueblo inteligente y discreto. Lo que resta es un acto sagrado, en que la conciencia íntima de cada

ciudadano se debe expresar en silencio, sin algaraza, sin forcejeo, sin ansiedad. Y quienquiera que pretenda crear una tempestuosa atmósfera alrededor de las urnas, se puede señalar, desde hoy, como un demócrata sospechoso, y confesará abiertamente que teme que la conciencia colectiva le sea adversa.

Todavía me dirigiré una vez más a vosotros, en los días sucesivos, antes del plebiscito popular del domingo. Pero desde hoy quiero anticiparos que tengo una profunda fe en vosotros, una fe inextinguible en Colombia, y que sé que habremos de pasar esta prueba con dignidad y grandeza.

*Alberto Lleras Camargo*

